

un amor lánguido indigno de vos, y pensad que á los ojos del mundo me perteneceis desde ahora. Pensad sobre todo que os adoro con un arrebató, un frenesí, un delirio que jamás me ha inspirado mujer alguna. No intentéis escapar á esta llama que os envuelve, á esta voluntad fatal que nada puede desviar. Como un metal frio arrojado en un crisol donde hierve ya un metal en fusion, vuestra indiferencia arrojada en mi pasion se fundirá amalgamándose con ella. Por más que hagais, me amareis de grado ó por fuerza, porque yo así lo quiero, porque vos sois jóven y bella y yo soy jóven y hermoso. Por mucho que resistais y forcejeeis, no escapareis de mis brazos. Resignaos pues sonriendo, pues al fin y al cabo no es desgracia tan grande ser perdidamente amada por el duque de Vallombreuse, cuya pasion haria la felicidad de más de una.

Mientras hablaba con este arranque ardoroso, Isabel, atenta al menor rumor de afuera, de donde debia venirle la libertad, creyó oír un ruido casi imperceptible que partia del lado de allá del foso, ruido sordo y rítmico producido por el refregon de un trabajo regular dirigido con precaucion contra algun obstáculo.

Temiendo que Vallombreuse lo notase, la jóven respondió con palabras estudiadas para herir la orgullosa fatuidad del jóven duque, pues mejor le queria irritado que amoroso, y preferia sus estallidos á sus ternezas. Denostándole esperaba, además, impedirle que oyese.

—Esta felicidad seria una vergüenza á la que, si no me cupiese otro remedio, escaparia por medio de la muerte. De mí no tendreis nunca más que mi cadáver. Me sois completamente indiferente, y os odio por vuestra conducta ultrajante, infame y violenta. Sí, amo á Sigognac á quien distintas veces habeis intentado hacer asesinar.

El ruido sordo no dejaba de oírse, y por lo tanto Isabel habló con voz fuerte para cubrirlo.

A las audaces palabras de la jóven, Vallombreuse pálido

de ira, lanzóle una mirada viperina; ligera espuma apareció en sus labios, y llevó convulsivamente la mano al pomo de su espada. La idea de matar á Isabel habia atravesado su cerebro como un rayo; pero, por un prodigioso esfuerzo de voluntad, se contuvo y se puso á reír con risa estridente y nerviosa mientras avanzaba hácia la jóven.

—Por todos los diablos del infierno,—exclamó,—así me agradas; cuando me denuestas, tus ojos toman un brillo particular, la piel de tu cútis se enciende con fuego sobrenatural, y redobla tu hermosura. Has hecho bien en hablarme con franqueza, pues el escojimiento me aburre. ¡Ah! ¡amas á Sigognac! ¡mejor que mejor! así me será más dulce poseerte. ¡Qué placer besar esos labios que os dicen: «te aborrezco!» Esto es más sabroso que el eterno é insípido «te amo!»

Espantada de la actitud y de las palabras de Vallombreuse, Isabel se habia levantado y sacado de su corsé el cuchillo de Chiquita.

—¡Bravo!—gritó el duque al ver armada á la jóven.—Si no hubieseis olvidado la historia romana, sabríais, pichonamia, que Lucrecia no se sirvió de su daga hasta despues del atentado de Sexto, hijo de Tarquino el Soberbio; y este ejemplo de la antigüedad es digno de ser imitado.

Y sin hacer más caso del cuchillo que del aguijon de una abeja, avanzó hácia Isabel á quien rodeó con sus brazos antes de que esta hubiese tenido tiempo de levantar la hoja.

*

**

Pero en el mismo instante se oyó un crujido seguido de formidable estrépito; la ventana, cual si desde afuera la hubiese empujado con su rodilla un gigante, cayó con gresca de vidrios pulverizados dentro del aposento, en el que penetraron gran número de ramas formando una especie de cata-pulta cabelluda ó de puente volante.

Era la copa del árbol que había favorecido la salida y la entrada de Chiquita.

El tronco, aserrado por Sigognac y sus amigos, cedió á las leyes de la gravedad, siendo en su caída dirigido de manera que formase un punto de union, por encima del agua, entre el borde del foso y la ventana del aposento de Isabel.

Vallombreuse, sorprendido ante la súbita irrupcion de aquel árbol que metia su cuarto á espadas en una escena de amor, soltó á la jóven actriz y desenvainó la suya, dispuesto á recibir con la punta de la hoja al primer asaltador.

Chiquita, que había entrado de puntillas, ligera como una sombra, tiró de la manga á Isabel, y le dijo:

—Refúgiate detrás de este mueble, que va á comenzar la danza.

Tenia razon la niña, pues apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando en medio de la oscuridad de la noche resonaron dos ó tres pistoletazos.

La guarnicion había venteado el ataque.

LA SORTIJA DE AMATISTAS.

Mientras el Rasgado, Merandol y las matachines al inmediato servicio del duque, que este había traído consigo, atravesaban el foso en la busca de un modo de salir y caer sobre el enemigo por la espada Malartie, el Fco, el Chisno y Bocatorcida, subiendo los escalones de cuatro en cuatro, se precipitaron dentro del aposento de Isabel para sostener el asalto y acudir en auxilio de Vallombreuse.

La copa del árbol obstruía la ventana, ya muy estrecha de sí, y sus ramas se extendían casi hasta la mitad de la pieza, lo que imposibilitaba presentar un ancho frente de combate á los asaltadores.

Malartie con el Chisno se colocó á un lado contra la pared, é hizo que se pudiesen al otro lado, frente de él, Bocatorcida y el Fco para que no tuviesen que sufrir el primer impetu de la embestida y pudiesen atacar con ventaja.

Antes de penetrar en la plaza era preciso salvar aquella valla de matachines que aguardaban con la espada en una mano y la pistola en la otra al enemigo.